

En los 25 años de la desaparición forzada de Luis Fernando Lalinde

Jn. 12, 20-26

El cuarto evangelio, en este capítulo 12, acondiciona un escenario pedagógico para transmitirnos uno de los valores fundamentales de la fe de Jesús. Después del signo de la resurrección de Lázaro (narrada en el capítulo anterior) en la que la muerte es relativizada y quebrantado, desde la fe, su ficticio poder absoluto, nos narra la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, como un momento efímero de gloria, que despierta curiosidad e interés en la figura de Jesús, incluso en turistas venidos de Grecia, el país de la filosofía y el centro de la cultura más elevada de ese momento histórico. Y en ese contexto, Jesús expresa lo que debería ser la búsqueda de la gloria para cualquier ser humano; para cualquier "hijo de hombre" como él lo decía. Hay dos caminos: el uno consiste en buscar la gloria para uno mismo, siguiendo los instintos del yo. Y la recompensa o la coronación de ese camino la podemos leer en el símil del grano de trigo que se resiste a pudrirse y a desintegrarse, quedándose encerrado en su pequeño cascarón, en su esterilidad, en su egoísmo. El otro camino nos lo muestra el grano de trigo que se pudre, que se desintegra y se deshace en la oscuridad de las entrañas de la tierra, dando origen, en sus restos orgánicos, a espigas nuevas y a multitud de granos nuevos, multiplicados en una cadena de vida sin fin. Este último camino constituye, para Jesús, la verdadera GLORIA, que refleja el misterio más profundo de la vida de Dios mismo, encerrado en el corazón del ser humano y de la naturaleza.

Pero, ***desintegrarse para dar vida***, no es ciertamente una consigna sensata o aceptable en el mundo cultural que nos envuelve. Se nos invita, más bien, a proteger lo más posible nuestro pequeño cascarón y los miles de cascarones colectivos que vamos configurando con egoísmos coordinados, articulados y solidarizados en estructuras excluyentes. Se nos invita más bien a darle brillo a nuestros pequeños cascarones individuales, ya sea con diplomas universitarios y títulos profesionales; ya con tarjetas de crédito, con marcas prestigiosas de ropa, de vehículos, de cosméticos, de conjuntos habitacionales; con hojas de vida que hagan brillar las mayores cercanías y colaboraciones con los poderes de turno; con logos y banderines de los deportistas que hayan logrado humillar el mayor número de veces a sus contendores; se nos invita, de manera cada vez más obsesiva, a extremar las seguridades de nuestros cascarones, mostrándo-

nos en todos los rincones el fantasma intimidante de nuestra posible desintegración, para que le sacrifiquemos todo a los poderes que pueden brindarnos seguridad, como blindaje garantizado de nuestro pequeño cascarón.

Frente a este mundo cultural, cada vez más cohesionado en la ideología de la seguridad, las palabras de Jesús no pueden apreciarse sino como insensatas, fatuas, imbéciles, absurdas, patológicas.

Desintegrarse para dar vida, ha sido la ruta, más bien, de los desadaptados a la enferma normalidad que nos envuelve; ha sido la ruta de los que han quebrado el cascarón de sus seguridades para acoger y hacer causa común con los que viven en la inseguridad; ha sido la ruta de los que se niegan a aceptar las imágenes de la sociedad y del mundo que nos venden la escuela y la academia, los medios masivos de desinformación y el entramado institucional de los poderes; ha sido la ruta de los soñadores que abonan con su propia vida otro mundo posible que no podrán ver ni disfrutar; ha sido la ruta de los que descubren una felicidad extraña y oculta, misteriosa y profunda, sólo accesible a los que saben alcanzarla por atajos saturados de sufrimientos.

Podirse y desintegrarse para dar vida, implica, ante todo, sentir herida la autoestima, que había sido construida sobre las aristas del honor y la vergüenza confeccionadas por los cascarones excluyentes; implica transgredir las barreras legales y acampar muchas veces en los campamentos de la ilegalidad; implica aceptar sólo la legalidad que consulta primero lo que más conviene a la solidaridad humana; implica convivir con el riesgo de manera permanente, aceptando que cualquier momento sea el señalado para desintegrar el cascarón y acelerar el proceso de gestación humilde, imperceptible, de vida nueva, en el silencio y la oscuridad del suelo que pisan los caminantes.

Y esas palabras del Evangelio se proyectan hoy nuevamente sobre el sarcófago de Luis Fernando, en sus "bodas de plomo", como profundamente las ha llamado Doña Fabiola.

Los metales y las piedras preciosas le han servido a los humanos, desde la más remota antigüedad, para dar brillo y seguridad a sus cascarones individuales y egoístas, llevando la autoestima a niveles simbólicos de resistencia y prestigio, proclamados, simbolizados y celebrados en el brillo de las gemas y de los meta-

les preciosos, pero excluyendo de ese orden simbólico los metales que no brillan, aunque tengan mil usos técnicos y prácticos.

El plomo se hizo tristemente útil en las técnicas de la guerra, llegando a ser un equivalente simbólico de los proyectiles que destruyen la vida. Por eso el plomo, cuando se incrusta en los órganos vitales y paraliza el flujo de la vida, en lugar de simbolizar el brillo y la resistencia de los cascarones egoístas, simboliza la desintegración del cascarón, marcando el sorpresivo inicio de esa humilde germinación de vida nueva, surgida de la que fue destruida.

Desde hace 25 años, la memoria de Luis Fernando nos ha llevado a meditar, de manera recurrente, en los sentidos y sinsentidos de su muerte. Hemos retornado multitud de veces con la imaginación a las veredas de Verdún y de Ventanas, rescatando jirones de la memoria dolorosa de aquel 3 de octubre de 1984. Hemos intentado penetrar también, con la imaginación, en la conciencia y en los sentimientos de Luis Fernando, enmarcados por una misión política y humanitaria de contornos heroicos. Todo nos dice que en la humildad y clandestinidad imperativa de su tarea, él vivió a plena conciencia esos momentos cruciales en que se desintegra el cascarón que protege los últimos restos de egoísmo y de autoestima y se vive la desintegración fecunda que proyecta la vida destruida en gérmenes imperceptibles que abrirán algún día espigas nuevas ante la luz del sol.

Seguramente hubiera podido claudicar, acosado por la tortura, y revertir las opciones que lo habían arrastrado a colocarse a contracorriente de la cultura brillante que nos sumerge, obsesionada en la construcción de cascarones de seguridad excluyente. Habría engrosado las filas de los arrepentidos y habría prolongado su vitalidad biológica, estimulado por los halagos que fortifican y embellecen nuestros cascarones egoístas. Pero no fueron éstos, ciertamente, los parámetros de Gloria que lo subyugaron en sus momentos decisivos, ni siquiera bajo las presiones contundentes con que el sistema sabe conquistar, dominar y someter.

Su sepulcro incógnito por tantos años; la búsqueda incansable de Doña Fabiola y de sus hijos, que a medida que iba tejiendo solidaridades, traspasando fronteras y afirmando derechos, iba expandiendo la vida de Luis Fernando en multitud de espigas portadoras de vida nueva que alimentaban otro mundo posible de justicia, dignidad y libertad, y también la vitalidad creciente de los movimien-

tos de víctimas que ha ido proyectando valores innegociables sobre la vergüenza histórica de nuestras violencias y opresiones sistémicas, todo esto nos traduce, en la humildad de nuestra fe, la gloria propia del grano de trigo que acepta podrirse y desintegrarse para dar vida. Es la Gloria de la Cruz, escándalo para unos y estupidez para otros, y de todos modos, camino vedado a la racionalidad elemental de nuestra cultura, asentada sobre el honor y la gloria de cascarones excluyentes.

Hoy este sarcófago de Luis Fernando, en sus simbólicas "bodas de plomo", vuelve a sacudir nuestra conciencia, a interpelar nuestras convicciones, a poner a prueba nuestra fe en la gloria propia de la cruz.

Y como todos los sarcófagos y las memorias de quienes aceptaron conscientemente desintegrarse para dar vida, nos remite a la forma más radical de resistencia que Jesús inspiró en sus seguidores: la fe en la resurrección. La convicción inquebrantable de que la energía original del universo, donde se esconde la fuente primigenia de la vida, está presente y activa en la desintegración fecunda de los que saben amar, y no en las seguridades que ofrecen los poderes a quienes reclaman éxitos y recompensas a cambio de sumisión a leyes, a dogmas, a ideologías, a intereses mezquinos y seguridades, lubricados con egoísmos lascivos. Fe en la resurrección que afirma sin titubeos la presencia, la vitalidad y la energía actuante de quienes fueron destruidos por poderes de muerte, que nunca sospecharon que sus víctimas tenían conexiones indestructibles con la Vida. Fe en la resurrección que convirtió la tumba vacía de Jesús en un seno materno, anclado en el centro de la historia, que reconstruye en forma permanente las vidas destruidas para dar vida, como energías constantes que inyectan amor en nuestro mundo lleno de odios, de violencias y de muerte.

Gracias, Luis Fernando, por tu vida, por tu testimonio, y por tu resurrección en multitud de impulsos nuevos de vida que invitan a vivir dando vida.

Gracias, Doña Fabiola, por invitarnos constantemente a leer el mensaje encriptado en estos despojos mortales: el mensaje de una dignidad humana que no se destruye con la tortura, ni con la cárcel, ni con las humillaciones y afrentas del poder, ni con la muerte más ignominiosa; el mensaje de un ideal de justicia, que aún desde las impotencias y las derrotas de sus intentos, hace brillar la superioridad ineludible de su virtud y desvela la vileza de nuestras injustas estructuras. Gracias por su constancia y por la dignidad insobornable de su caminar.